

Prólogo

Con ciencia de mujeres. Pioneras almerienses en el ámbito científico

Cándida Martínez López
Universidad de Granada

Emociona acercarse a las biografías de las primeras mujeres almerienses que optaron por estudiar en la Universidad, convertirse en “científicas” y ejercer su profesión en una época en la que era una “rareza” hacerlo y suponía una transgresión al orden patriarcal existente. Se siente admiración hacia ellas cuando se descubre la firmeza de sus convicciones, su afán por saber y sus brillantes trayectorias, a pesar de incorporarse a una Universidad pensada para los varones y gobernada por ellos. Comenzar a ocupar ese espacio, y lograr cierto respeto y reconocimiento, fue obra de unas pocas que rompieron con las normas de género tradicionalmente asignadas y comenzaron a abrir caminos que las demás hemos seguido transitando. No fue fácil entonces, ni lo ha sido después, pero el coraje, valentía e inteligencia de tantas mujeres, individualmente, o en movimientos colectivos, lo ha hecho posible.

La sociedad española y almeriense de comienzos del siglo XX, cuando las mujeres comenzaban a pisar las aulas universitarias, era eminentemente rural, con pocas capas medias y escasamente alfabetizada. Como bien ha señalado Pilar Ballarín, hacia 1900 el nivel de alfabetización de las mujeres del distrito universitario de Granada, al que pertenecía la provincia de Almería, no superaba el 20%, y, sin derechos civiles ni políticos,

el destino más plausible para ellas era el matrimonio y el hogar. Pero algunas mujeres almerienses se sumaron a otras muchas españolas que, por esas fechas, optaron por acceder al conocimiento, ejercer una profesión y desarrollar otra trayectoria vital y profesional. En Almería, como sucedía en el resto de España en el primer tercio del siglo XX, también se asistió a un creciente protagonismo de las mujeres en la vida laboral, social y urbana, con el consiguiente incremento de su presencia en los niveles educativos, en la prensa y en la vida cultural.

Las almerienses comenzaron a incorporarse a la Universidad poco después de publicarse la orden de 8 de marzo de 1910 que permitía a las mujeres matricularse oficialmente en la Universidad sin pedir permiso. La primera universitaria almeriense fue María Jesús Andújar, que se matriculó como alumna oficial en el preparatorio de Ciencias de la Universidad de Granada en el curso 1911-1912. A partir de ella, y en un lento proceso, se fueron incorporando otras para estudiar Farmacia, Ciencias y Letras. Como homenaje a su memoria, recordaré algunas de las que alcanzaron el título de Grado en las Universidades de Granada y la Central de Madrid en el primer tercio del siglo XX, procedentes, en su mayor parte, de los pueblos de la provincia. Entre ellas, Juana Álvarez Bañón, de Vélez Blanco; Ana Orst Pozo, de Tijola; Ana García Ruiz de Benitorafe, Tahal; Dolores López Rodríguez, de Alhama de Almería; María del Mar Salmerón Pérez, de Berja; María Socorro Carretero López, de Instinción; Isabel Olmos Fernández, de Vera; Ana Jimena Alarcón, de Cuevas de Vera; Rosa Sánchez Bonil, de Albox, y María Pardo López, Isabel Mille Giménez, Jimena Quirós Fernández, Elena Gómez Spencer, Isabel Téllez y Elena Lázaro, de la ciudad de Almería.

Entre estas pioneras están las que se estudian en este libro, centrado de forma específica en las biografías de aquellas que eligieron “carreras científicas” en los ámbitos de la salud, la física y la farmacia: Elena Gómez Spencer, Isabel Téllez, Elena Lázaro, Carmen Navarro, Jimena Quirós y Juana Álvarez Bañón. Entre Almería, Granada y Madrid, entre apuestas académicas y profesionales, entre compromiso social y político, transcurrieron unas vidas que son estudiadas con rigor y mimo en este libro, dándoles un protagonismo tantas veces olvidado en la historiografía.

Se sumergen sus autores, Azucena Martín, Mabel Angulo y José Antonio Garrido, en el campo de la biografía, la forma primigenia de historia de las mujeres, que decía Natalie Zemon Davis hace ya algunas décadas, y en la agenda investigadora dedicada a recuperar y reconstruir las vidas de mujeres, especialmente del campo de la ciencia. Y se suman a los esfuerzos realizados en las últimas décadas por investigadoras como Consuelo Flecha, Pilar Ballarín, Carmen Magallón o Teresa Ortiz que, entre otras, y desde los presupuestos de la historia de las mujeres, han rescatado los nombres y trayectorias de las primeras universitarias y científicas españolas. Con estas investigaciones, “la historia de las ciencias en masculino se ha visto desafiada por trabajos en los que la presencia de mujeres con nombres y apellidos ha sido investigada y narrada para recuperar sus aportaciones al saber y a la experimentación científica. El campo, el laboratorio, la consulta médica y el observatorio, por citar cuatro espacios icónicos de la ciencia, han resultado ser lugares de producción del saber ocupados también por mujeres”¹.

¹ Santesmases, M.ª Jesús, Cabré, Montserrat y Ortiz, Teresa, “Feminismos biográficos: aportaciones desde la historia de la ciencia”, *Arenal, Revista de Historia de las Mujeres*, vol. 24.2 (2017), p. 384.

Esta forma de mostrar el protagonismo de las mujeres nos acerca a sus itinerarios vitales, sus ambiciones y sueños, sus éxitos académicos o profesionales y su compromiso, pero también a las dificultades y trabas que tuvieron que superar en una sociedad que no aceptaba fácilmente que las mujeres ocupasen espacios profesionales antes reservados a lo varones, ni que hicieran gala de sus conocimientos y autonomía personal. Pero también es otro modo de acercarnos a la historia de la sociedad almeriense, desde otras protagonistas, desde otras experiencias, y con ello ofrecer una visión más integral de la historia de nuestra provincia.

Hoy sabemos que la dialéctica entre pasado y presente es inherente a todo ámbito histórico. Por tanto, preguntarnos por el papel de las mujeres responde, sin duda, a uno de los requerimientos del presente. Las mujeres hemos necesitado y necesitamos conocer nuestra historia para intentar construir un presente y futuro más igualitarios, pero también las sociedades que tienen como horizonte modelos auténticamente democráticos necesitan integrar la historia de las mujeres, como discurso enseñado y compartido, para su cohesión y consolidación.

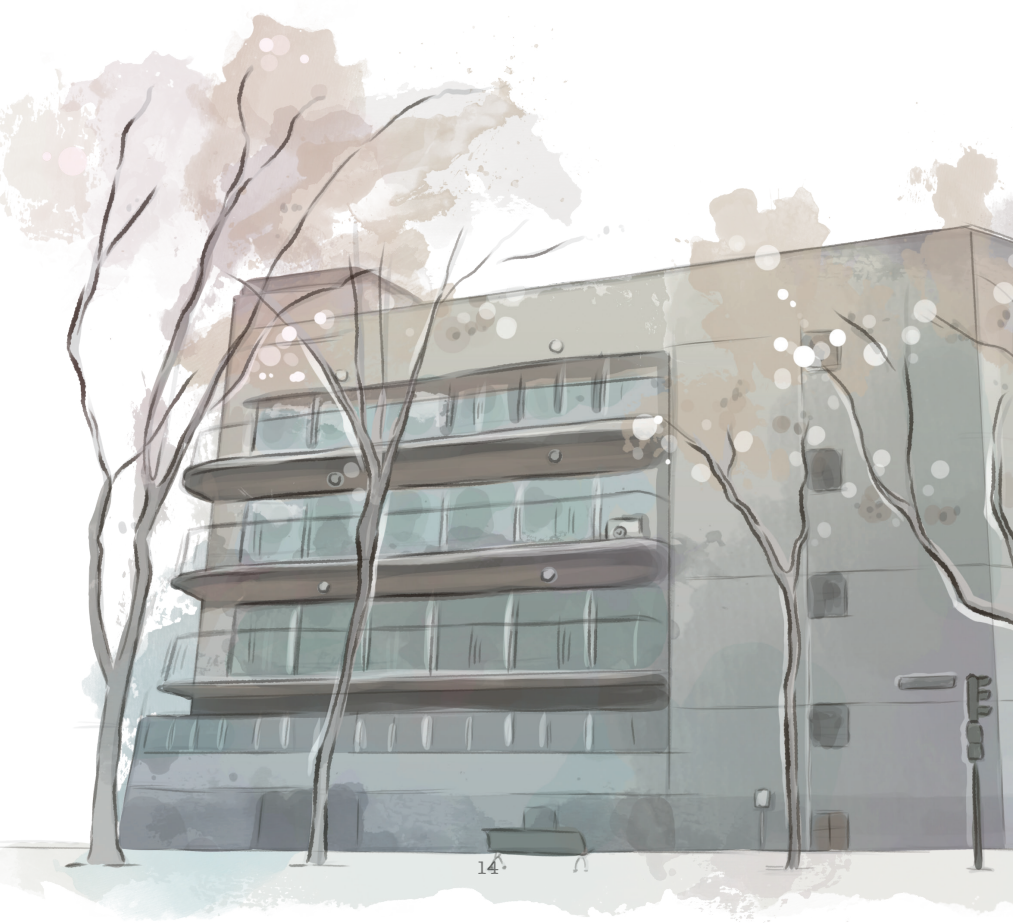
Bienvenido, pues, un libro, que descubre las ricas trayectorias vitales de estas seis mujeres almerienses que rompieron con las normas tradicionales de género de su época y optaron por el conocimiento, el trabajo profesional y un compromiso social a través de los mismos.

Muchas gracias a Mabel Angulo, José Antonio Garrido y Azucena Martín, sus autores, por haberme invitado a escribir este prólogo que me acerca a las mujeres de mi tierra almeriense. Es un privilegio hacerlo. En primer lugar, por mi compromiso con la historia de las mujeres a la que he dedicado la mayor parte de mi actividad investigadora. En segundo por el

carácter de la obra, dedicada a esas pioneras que, con ciencia de mujer, empezaron a pensar de otro modo la ciencia y las propias mujeres. También por encontrar entre ellas a Juana Álvarez Bañón, mi paisana de Vélez Blanco de hace un siglo, la primera universitaria de la comarca de los Vélez y la segunda de Almería. Hace algunos años, junto con Alba Martínez, me animé a estudiarla para saber qué circunstancias familiares, sociales y personales hicieron posible que una joven de apenas 16 años decidiese salir de su pueblo e ir a la Universidad y, tras graduarse, ejercer su profesión. Descubrir que el cambio que se producía en esos momentos en relación con las mujeres no se daba sólo en la capital, sino que alcanzó a los pequeños y medianos pueblos de la provincia, de donde proceden más del setenta por ciento de las mujeres que accedieron a la Universidad en las primeras décadas del siglo XX, fue un interesante hallazgo que merece la pena profundizarse.

Enhorabuena por una obra que nos permite conocer mejor a aquellas pioneras y nos demuestra que no somos unas recién llegadas. Antes que nosotras hubo otras que abrieron sendas por las que ahora avanzamos. Y al reconocerlas, cambiamos el conocimiento. Lo decía muy bien la historiadora norteamericana Lerda Gerner, en un fragmento de su obra *La creación del Patriarcado*, que siempre me pareció iluminador del potencial transformador de la Historia de las Mujeres en lo que concierne a la conciencia del ser y el estar de hombres y mujeres en las modernas sociedades democráticas:

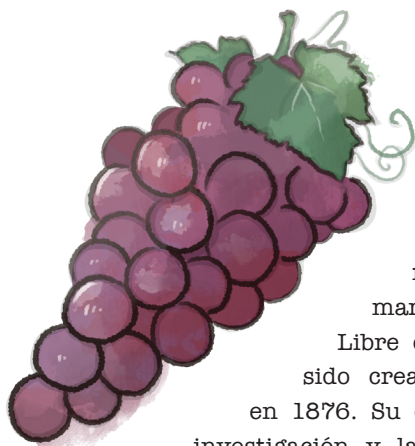
Ahora sabemos que el hombre no es la medida de todo lo que es humano; lo son hombres y mujeres. Los hombres no son el centro del mundo, lo son hombres y mujeres. Esta idea transformará la conciencia de una forma tan decisiva como el descubrimiento de Copérnico de que la Tierra no es el centro del universo.



Introducción

Si ignoras el nombre de las cosas, desaparece también lo que sabes de ellas. La frase es del científico sueco Carlos Linneo, considerado el creador de la taxonomía o clasificación de los seres vivos, y la pronunció por primera vez en el Siglo XVIII. Desde entonces, la ciencia ha encontrado el nombre preciso de miles de organismos, leyes o disciplinas científicas que han ido naciendo. Pero no es menos cierto que muchos nombres han quedado olvidados en este camino que la ciencia viene trazando desde hace siglos.

En este libro abordamos la vida de nueve mujeres almerienses que destacaron como pioneras de alguna de las ramas de la ciencia. Todas pertenecen aproximadamente a la misma época. Y no es algo casual. Con el inicio del siglo XX comenzó la que más tarde pasaría a conocerse como la Edad de Plata de la ciencia española. Tal apelativo se debe a un florecimiento de la ciencia en todo el país, propiciado por la aparición de instituciones que apostaron por ella. Con la mirada actual, dada la situación de precariedad en la que se encuentran muchos de nuestros científicos hoy en día, es algo que puede resultar extraño. Pero es así. Entonces se apostó por la ciencia y, por supuesto, por los científicos. Esto permitió que unas cuantas jóvenes de aquella provincia minera que era entonces Almería decidieran romper con el letargo pautado en el que vivían las señoritas de su época, desplazándose a ciudades como Madrid o Granada, para inscribirse en la Universidad y comenzar a escribir su propia historia.



Nada de esto habría sido posible sin la ya desaparecida Junta de Ampliación de Estudios (JAE). Esta institución se fundó en 1907, en el marco de la Institución Libre de Enseñanza, que había sido creada unas décadas atrás, en 1876. Su objetivo era promover la investigación y la educación científica en España. Y para ello contó desde sus primeros momentos con un director de excepción: Santiago Ramón y Cajal. Hacía apenas un año que había recibido el Premio Nobel de Medicina junto a su colega Camilo Golgi por su trabajo sobre la estructura del sistema nervioso. Esto le convertía en una eminencia del ámbito científico español: nuestro primer Premio Nobel científico. El segundo en cualquier categoría, después de José Echegaray.

Por eso, y también por la calidad del resto de sus profesores, la JAE se hizo pronto con un gran prestigio, que continuó hasta su desmantelamiento, en 1939 (fue el germen del actual CSIC, Consejo Superior de Investigaciones Científicas). De hecho, entre sus primeros vocales se encontraban nombres tan emblemáticos de la cultura española como el ya mencionado José Echegaray o el pintor Joaquín Sorolla. No hubo ninguna mujer en aquella primera hornada. No obstante, la JAE no tardó en convertirse en una institución acorde con la modernización de los tiempos, valorando simplemente la valía de sus profesores y sus estudiantes. Sin distinciones de género.

Intercambios y becas

En la JAE se potenció la investigación científica a través de diferentes estrategias. Una de ellas fue la dotación de nuevas instalaciones a centros de investigación ya existentes, como el Museo de Ciencias Naturales, el Museo Antropológico o el Real Jardín Botánico. Además, con el tiempo se inauguraron nuevos centros, como el Instituto Nacional de Física y Química, también conocido como Instituto Rockefeller. Este centro es de especial interés en el contexto de este libro, pues albergó grupos de investigación formados casi enteramente por mujeres.

Pero si hay algo que importa más que la inversión y las instalaciones para hacer buena ciencia, sin duda son los científicos. Por eso, desde la JAE se pusieron en marcha medidas como la concesión de becas para realizar estancias en el extranjero, así como el intercambio de profesores y estudiantes con centros punteros de otros países. Así, la ciencia española se puso a la altura de la que se estaba haciendo en América y el resto de Europa.

Eran estancias con retorno. Se potenciaba el desarrollo científico de los investigadores, al permitirles estudiar la ciencia que se realizaba en otras partes del mundo. Después, con esos nuevos conocimientos, volvían a España.

Entre los científicos que se beneficiaron de aquellas inmersiones en la ciencia extranjera se encuentra por ejemplo el físico lanzaroteño Blas Cabrera, quien visitó el Laboratorio de Física del Politécnico de Zurich, las Universidades de Ginebra y Heidelberg y el Instituto de Pesas y



Medidas de París. Otro de los grandes investigadores becados por la JAE fue el neurocientífico vallisoletano Pío del Río Hortega, quien recorrió algunas de las mejores universidades de Londres, Berlín y París.

Y, por supuesto, también hubo mujeres. Es el caso de la química navarra Dorotea Barnés, quien viajó hasta los Estados Unidos para realizar una estancia en el Smith College de Massachusetts y doctorarse en la Universidad de Yale.

Algunas de nuestras protagonistas almerienses también disfrutaron de estas oportunidades que les permitieron escalar en sus carreras científicas. Pero no nos anticipemos, pues iremos viéndolo poco a poco en los capítulos dedicados a cada una de ellas.

La Residencia de Señoritas

Al hablar de nuestras pioneras almerienses no podemos dejar de lado el que fue el punto de encuentro de algunas de ellas, y también de grandes eminencias de la ciencia y la cultura españolas durante las primeras décadas del siglo XX: la Residencia de Señoritas.

Este centro, dirigido inicialmente por la pedagoga María de Maeztu, nació en 1915, siguiendo la estela de su homóloga masculina, la Residencia de Estudiantes. Si en esta última se forjaron grandes

